

En compañía de Viviana

Santiago Carretero Cuadros



Capítulo 1

CAPÍTULO 1

—Tengo frío, acércame aquella manta del armario.

Víctor no rechistó, se levantó de su asiento en el salón y se acercó de inmediato al armario que le indicaba su esposa. De su interior extrajo la manta a cuadros que habían comprado el pasado invierno y se la colocó a Beatriz sobre sus piernas. Disimuladamente la observó de reojo, pero sin llegar a decirle nada.

—Trae aquí —dijo la mujer estirando de la manta hacia arriba—, ¿no ves que no sólo tengo frío en las piernas? Estoy tan congelada que creo que voy a enfermar.

—¿Has cogido frío esta mañana al salir de casa? —La pregunta de Víctor era casi obligada, pero la mirada furtiva y sin compasión de Beatriz fue como si lo partiese en dos.

Estaba acostumbrado a ese tipo de miradas, sobre todo en el último año y la angustia que sentía en su interior era cada vez más agobiante. Llevaban cerca de ocho años de casados y, según los más allegados, a esas alturas de matrimonio la rutina se volvía demasiado insufrible. Tal vez fuese eso lo que le estuviese ocurriendo a su esposa, pero verdaderamente desconocía los motivos por los cuales Beatriz andaba tan cambiada últimamente. La conocía demasiado bien y sabía que lo mejor era no importunarla en exceso, sino el enojo iría en aumento; de todas formas, no le cuadraba aquel cambio repentino de carácter.

La mujer tampoco quiso entrar en guerra, no al menos en aquella ocasión, y prefirió acomodar su cabeza sobre el cojín que le hacía las veces de almohada. Acurrucó su cuerpo en posición fetal y cerró los ojos buscando tranquilidad. Víctor la miró en aquella ocasión con más soltura, con más tranquilidad, consciente que no estaba siendo observado por su mujer, mas un escalofrío le recorrió el cuerpo al contemplar los tiritones que ésta daba bajo la manta. ¿Y si enfermaba de veras? ¿Y si la perdía de repente? Durante sus años en común jamás se había preguntado algo así. Eran jóvenes... ¡qué estupidez pensar en una tragedia como ahora se le pasaba

por la cabeza! Pero la idea ya estaba en el interior de su mente y era materialmente imposible desecharla. Esa era una de sus grandes obsesiones. Buscaba problemas donde normalmente no los había.

A escasos centímetros del sofá, Víctor tenía una pequeña mesita donde organizaba libros. Aquellos libros pertenecían a la biblioteca personal que él regía. Cada mañana, alrededor de las siete, ponía los pies en el suelo, se iba a la ducha, rasuraba su barba, se acercaba hasta la cocina y se preparaba un par de tostadas con mantequilla. Tras dar cuenta de ellas, volvía hasta su dormitorio, besaba a su mujer en la frente y ponía en marcha un nuevo día en su ritual estilo de vida. Todo muy sencillo, todo muy normal. Siempre había sido un hombre humilde y, a pesar de no tener grandes estudios, sí había tenido la oportunidad de ingresar en aquella biblioteca que ahora formaba parte de su vida. Era una parte tan importante que no imaginaba su vida sin estar rodeado de aquellos libros y aquellos anaqueles a los que les daba miles de vueltas hasta que encontraba el tomo apetecido por algún cliente. Se había acostumbrado al mismo tiempo al silencio eterno que suele reinar en las bibliotecas, a la escasa luz que desprenden, al olor especial de los libros, de las encuadernaciones, de la tinta impresa. Por eso, cuando últimamente discutía con Beatriz, solía terminar refugiándose en aquel rincón de su casa donde reunía libros que solía extraer de su puesto de trabajo para repasar el interior de sus páginas y para comprobar que todos los clientes trataban aquellos tomos con el mismo cariño que lo hacía él.

Volvió a besar a su esposa en la frente, aunque no lo hizo como despedida, sino como demostración de ternura, como insinuación de que él estaba allí para estar a su lado, para protegerla, para resguardarla de cualquier anomalía que ella pudiese estar sufriendo.

—¿Te encuentras bien? —le susurró, esperanzado en encontrar una respuesta satisfactoria, pero el silencio, que a él tanto le hacía bien, en esta ocasión le rompió el corazón.

Beatriz no contestó, aunque se removió un instante hacia el lado contrario de donde se hallaba tumbada, mas el movimiento fue acompañado de una mueca de dolor. Aquel gesto preocupó a Víctor pero... ¿qué hacer?, se preguntó. Podía despertarla y llevarla hasta el hospital más cercano, pero se sentía incómodo solo de pensar en la reacción que Beatriz pudiera tener a continuación. No era la primera vez que su esposa le recriminaba por ser tan hipocondriaco y él se sentía muy indefenso cuando eso ocurría.

Se humedeció los labios con nerviosismo y contó hasta diez antes de decidir. Volvió a cubrir el cuerpo de su mujer con la manta y la besó en la frente para darle las buenas noches.

Víctor se fue a la cama tras recoger los libros que había dejado abiertos sobre la pequeña mesita de su rincón. Se acostó pensativo y bastante preocupado por la salud de su esposa, aún así, a la mañana siguiente, no habría sabido decir cuándo, se quedó profundamente dormido.

Le sobresaltó la voz de Beatriz.

—Vas a llegar tarde —le susurró al oído—. No es normal en ti que te quedas dormido.

Víctor abrió los ojos y un brillo especial se dibujó en ellos. Tomó las mejillas de su mujer y las atrajo hacia sí hasta que sus labios se adhirieron a los de ella. No fue un beso prolongado, pero sí lo suficientemente cariñoso como para que incluso Beatriz se extrañase de aquella repentina reacción.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó casi en silencio.

—Estoy bien, gracias. Se me quitó el frío y el dolor tan fuerte de cabeza que tenía —No le dijo nada del dolor de cabeza, pensó Víctor para sí, aunque prefirió no mencionarle el detalle. Eran los síntomas normales de un presunto resfriado, así que lo mejor era no darle demasiada importancia—. Además, he dormido de un tirón, por lo que me siento en forma para afrontar cualquier reto.

El reto lo tenía en su trabajo habitual. Beatriz trabajaba de enfermera en el único hospital de la ciudad, en un viejo edificio casi en ruinas, al cual acudían centenares de personas a diario. La ciudad se engrandecía a medida que pasaba el tiempo y la inmigración procedente de los países del sur tampoco favorecía el estancamiento en el cual había sucumbido la sanidad. Por eso el alcalde se había apresurado a mover los fondos financieros del ayuntamiento para poder construir un nuevo centro hospitalario con unas modernas instalaciones. Beatriz estaba ilusionada con aquel cambio que en un tiempo se produciría en su vida laboral, profesional y hasta rutinaria.

Beatriz sabía que a su marido no le agradaba acudir al hospital, pero en muchas ocasiones prefería marcharse caminando despacio por la amplia avenida circundada de abedules y pinos secos, que tomar el coche y adentrarse en el loco mundo del caos automovilístico. De aquella forma conseguía quitarse de en medio aquel desorden y, al tiempo, obligaba a Víctor a acercarse por ella cuando salía de trabajar de la biblioteca. No es que el hospital estuviese retirado de su hogar, simplemente iba a esperarla porque a ciertas horas de la noche era más seguro una pareja caminando que una sola mujer, atractiva, espigada y de buen porte. En los últimos meses se habían producido tres violaciones en la ciudad que habían levantado el pánico entre la población, de manera que, ni los padres dejaban solas a sus hijas, ni los maridos a sus esposas. Aquellos

paseos desde el hospital hasta casa se convirtieron en una agradable rutina para ambos, aunque a Víctor le seguía molestando que Beatriz le exigiera que subiera hasta la segunda planta a esperarla.

En aquella segunda planta se encontraban los enfermos de pulmón y las toses continuas que surgían del interior de las habitaciones enfurecían sobre manera a Víctor, el cual casi siempre llegaba acompañado de algún libro que devoraba metido en el interior de la sala de espera. Era su única forma de entretenimiento, aunque evidentemente, no servía para olvidarse de lo que ocurría en las habitaciones contiguas. De vez en cuando veía pasar alguna bata por el pasillo y Víctor siempre levantaba la vista con la esperanza de que se tratase de su mujer que se acercaba hasta él para decirle que se iba a cambiar de ropa y que enseguida estaba a su lado; pero la mayoría de las ocasiones no era Beatriz quien se paseaba por los pasillos, sino otras compañeras de ella, las cuales casi siempre le dedicaban una sonrisa de complicidad, que él devolvía con timidez.

—Tienes un marido que no te lo mereces —le decía Jimena con una sonrisa en los labios, mientras se cambiaban de ropa en los vestuarios.

—Y además está bueno —agregaba Carmen entre risitas disimuladas.

—Ya te digo —apuntaba definitivamente Julia—, si alguna vez tienes problemas con él y decides dejarlo ya sabes que soy la primera que está a la cola de candidatas.

El resto de compañeras reían abiertamente, pero Beatriz no se molestaba por aquellos comentarios, ni siquiera se los tomaba en serio, conocía a sus compañeras y sabía que la mayoría de ellas estaban de broma.

—No os rebajéis como simples mujerzuelas —terminaba por comentarles ella con mucha parsimonia, al tiempo que se desprendía de su bata y dejaba al descubierto un perfecto cuerpo.

—No intentes intimidarnos con tus preciosas tetas —se acercó hasta ella Gloria, la más robusta de todas las enfermeras del hospital, pesaba más de cien kilos—, porque el día que yo lo intente no tendré compasión de ti y me llevaré a tu marido hasta mi cama.

De nuevo las risas alocadas se escapaban del interior de los vestuarios.

—Vamos, estáis todas locas —terminaba por entregarse Beatriz a sus compañeras.

Y entre risas salían todas de los vestuarios y se dirigían a través de los pasillos hasta la calle. Beatriz se detenía en la sala de espera donde la esperaba en silencio su marido, cubriéndose el rostro tras las páginas de

aquel libro que casi nunca leía cuando se encontraba en el hospital.

—¿Nos vamos? —le preguntaba tras buscarle los labios. Aquel roce de los labios de Víctor le proporcionaba aliento.

Salían del hospital con tranquilidad y caminaban con total parsimonia avenida abajo, entre los abedules y los pinos secos que los observaban con un leve ronroneo de su follaje. Víctor pasaba su brazo a través de los hombros de su esposa y ésta abrazaba a su marido por la cintura. La imagen era la más digna de una pareja de recién enamorados. En alguna que otra ocasión habían utilizado el coche, mas no era algo habitual.

Caminaban despacio, mirando las hojas caídas en el suelo, las mismas que se arremolinaban en pequeños e insignificantes montículos debido al poder ilimitado que tenía el viento.

En un principio apenas se hablaban, se conformaban con un digno:

—¿Cómo te fue el día?

—Bien, no muy distinto a los demás.

—Lo dices con un tono de aburrimiento... —Dejó caer la frase Víctor, pero en aquella ocasión Beatriz no estaba muy por la labor de enfrascarse en una riña sin demasiado fundamento.

—Dime Víctor —le comentó tras unos segundos de silencio—, si alguna vez se cruzara en tu vida otra mujer, ¿serías capaz de abandonarme?

La pregunta retumbó en el paseo como una bomba caída a escasos centímetros de los soldados en el campo de batalla.

—Dime tú —contrarrestó Víctor—, ¿a qué viene esa pregunta?

En ningún momento separaron sus cuerpos el uno del otro.

—Es una pregunta sin malicia, simple curiosidad, cariño, sobre todo tras ver la expectación que levantas cada día cuando las chicas te ven en la sala de espera.

—¿Lo dices en serio? No me había apercebido de ello.

—No seas ahora tú el malicioso, Víctor —y Beatriz le propinó un suave codazo a su marido en las costillas—, sabes de sobra que las chicas te observan y después soy el centro de todas sus fantasías que me hacen sentirme celosa.

—¿De verdad sientes celos en esos momentos? —Víctor se extrañaba ante tal confirmación. Era la primera vez en mucho tiempo que Beatriz le afirmaba que sentía celos de otras mujeres hacia él. Por un momento, incluso se sintió halagado por ello.

—Es normal que los sienta, Víctor. Yo te quiero. ¿Acaso tú no los sentirías en mi lugar? No sé, a veces tengo la sensación que no sientes nada por mí.

—¿Cómo puedes pensar eso? ¿En qué te basas?

La conversación comenzaba a tomar un rumbo un tanto delicado, se movía por tierras movedizas y seguramente ambos hacía tiempo que necesitaban llegar hasta allí. Continuaron caminando como si nada estuviese ocurriendo entre ellos, sin embargo, no podían disimular su malestar. Hacía tiempo que ambos se habían dado cuenta que la relación no funcionaba como al principio, pero ninguno de los dos estaba preparado moralmente para poner las cartas sobre la mesa.

El camino a casa comenzaba a hacerse demasiado largo.

—Hace tiempo que no estamos igual —comenzó a exponer Beatriz ante la mirada perdida de Víctor—, hace tiempo que no me dices cuánto me necesitas, qué se te pasa por la cabeza cuando guardas silencio, hace tiempo que no te siento cerca, Víctor, hace tiempo que te has ido aunque sigas estando aquí.

—Sabes que lo que estás diciendo no es justo. Hablas por ti, por lo que se te pasa por la mente últimamente, pero sabes que no toda la culpa es mía.

—O sea, que admites que tenemos problemas.

Víctor se detuvo por primera vez y dirigió sus ojos hacia los de su mujer. Extrañamente no creyó reconocerla, era como encontrarse muy lejos de la mujer de la que un buen día se enamoró. Todo era tan extraño como confuso. Creyó tartamudear al mismo tiempo que reiniciaba la conversación.

—Yo no admito absolutamente nada, creo que todo son fantasmas que tienes en la mente; de todas formas, será mejor que tengamos cuidado, en ocasiones esos fantasmas pueden apoderarse de nosotros y conducirnos hasta el mal.

—Hablas como un maldito demagogo. Ahora mismo no sé cómo debo reaccionar. No sé si abofetearte la cara y marcharme corriendo a casa con los ojos bañados en lágrimas o besarte en los labios y hacerte el amor

aquí mismo, en mitad de este romántico paseo, a la luz de la luna.

—¿Entre abedules y pinos secos?

—¿No te atrae la idea? —Beatriz se mostraba sugerente y persuasiva.

—Volvamos a casa, a estas horas el paseo se puede volver peligroso. Cualquier loco nos puede acechar sin que nos demos cuenta de nada.

Víctor siempre representaba la cordura, Beatriz por su parte era el ingenio, el toque sorpresivo e inesperado. Aquella forma de comportarse siempre le había atraído a Víctor, quizás por eso se casó con ella. Sin embargo, a Beatriz su forma siempre cuerda de ser y actuar la hacía sentirse mal. Estaba harta de que siempre se comportasen bien, haciendo aquello que siempre era lo correcto, sin exponerse a ningún riesgo. Eran tan predecibles como aburridos.

Al llegar a casa, Víctor acarició la nuca de su mujer y se acercó hasta ella mostrándose muy cariñoso, seguramente todo lo cariñoso que ella le había pedido que fuese en el paseo de vuelta del hospital a casa, mas Víctor se encontró con una amarga sorpresa.

—Me duele la cabeza, estoy cansada y algo mareada, será mejor que me acueste y descanse, sino mañana no podré ni levantarme.

Las excusas de Beatriz le parecieron injustas y desafortunadas. No era el mejor momento para comportarse de aquella forma tan fría y distante. A pesar de que se estaba acostumbrando a ello, nunca creía estar preparado del todo. El corazón le continuaba doliendo cada vez que ella lo rechazaba.

No le dijo nada, no trató de convencerla, de ir tras ella; simplemente se limitó a aceptar lo que su esposa le pedía. Siempre era así, siempre actuaba como los demás querían que actuase, sin detenerse a pensar si era lo mejor para él. Su opinión no valía de nada, simplemente debía comportarse así.

Víctor se quedó a dormir en el sofá aquella noche, alargando de aquella manera la distancia que les separaba. A medianoche, el sonido de un objeto contundente golpeando contra el suelo, lo sobresaltó.

Se incorporó de un salto y se detuvo en mitad de la oscuridad del salón. En un principio se sintió descolocado, como si no recordara muy bien dónde se encontraba, sin embargo, de seguida recordó haberse quedado dormido en el sofá.

Buscó con avidez el interruptor de la luz, pero antes dio un pequeño traspiés con un pliegue de la alfombra que cubría el suelo. El tropezón fue

lo suficientemente importante como para que su cuerpo fuese a dar con el suelo y su cabeza con la esquina del mueble de roble que adornaba el salón. Un escozor ardiente le recorrió la sien. Se tocó impulsivamente y un líquido algo viscoso le recorrió los dedos. Era evidente que estaba sangrando.

No sabía si la herida de su frente podía ser importante, aún así se decantó por avanzar pasillo adelante, una vez que conectó el interruptor de la luz. El silencio que lo envolvía a cada paso que daba le agrietaba el alma por dentro. Le extrañaba que Beatriz no hubiese escuchado el mismo ruido que él había escuchado desde el salón y, por un momento, hasta tuvo dudas si no sería más que un sueño.

—¿Beatriz? —Se escuchó decir.

No sabía si había sido una pregunta o un reclamo, pero su propio eco lo asustó. Lo más preocupante es que no había recibido contestación alguna por parte de su mujer. El pasillo parecía no tener fin bajo sus pies.

Cada pisada significaba un no poder volver atrás, era como decir adiós a cada recuerdo, a cada existencia vivida. Tuvo un mal presagio y, cuando entró en la habitación de matrimonio, se encontró en mitad de la oscuridad con el cuerpo de su mujer tumbado en el suelo.

Accionó el interruptor de la luz y se abalanzó sobre el cuerpo inerte de su esposa. Beatriz tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta y de los oídos y la nariz surgía un fino reguero de sangre.

—¡Beatriz! ¡Beatriz! —La voz sonó ahogada, casi una súplica para que su mujer reaccionase y abriese los ojos. No se daba cuenta que estaba perdiendo unos minutos cruciales para el futuro de su esposa.

La tomó por la nuca y la sangre que resbalaba por sus oídos se mezcló con la sangre que Víctor tenía entre sus dedos por culpa del golpe que se había dado con el mueble del salón. La abundancia de sangre fue lo que hizo reaccionar a Víctor, el cual se levantó con rapidez y atravesó a toda velocidad, en esta ocasión, el pasillo que lo había conducido hasta la habitación de matrimonio. Tomó entre sus manos el teléfono que descansaba sobre uno de los estantes del mueble y marcó con rapidez el número de emergencias.

Las emergencias no tardaron más de quince minutos en hacer acto de presencia en la vivienda que compartían el matrimonio formado por Víctor Ávila y Beatriz Solano.

Víctor les recibió con la puerta abierta y enseguida les indicó dónde debían acudir. El nerviosismo era patente en su mirada. Dos médicos y una enfermera se dirigieron a toda velocidad hacia el dormitorio. Le pidieron a

Víctor que esperase en el pasillo y entornaron la puerta. Los minutos que transcurrieron a continuación le parecieron a Víctor los más largos y escabrosos de su vida. Un reloj enorme al fondo del salón, que su mujer y él habían adquirido en uno de sus pocos viajes, le indicaba cada minuto eterno, cada sesenta segundos, cada milímetro que recorrían las agujas. Y el silencio que se cernía a su alrededor. Por un momento, pensó que era peor aquel silencio que la sangre que se mezclaba y se secaba entre sus dedos. Se sentó en una silla a la espera de que los médicos de emergencias le comentasen algo sobre el estado de su esposa. Los escuchaba murmurar al fondo del pasillo, pero era incapaz de afrontar la realidad e ir en aquella dirección.

Cerró los ojos, tapándolos con sus propias manos. De repente, la oscuridad que se cernía a su alrededor se tornó en un estallido de claridad. Tardó unos segundos en comprender que alguien le estaba hablando a su lado.

—Señor...Señor...Señor Ávila...

Víctor alzó el rostro hasta encontrarse con la sonrisa amable de la enfermera que acompañaba a los médicos de urgencias. Aquella sonrisa amable asustó a Víctor. Creyó que estaba a punto de comunicarle una fatídica noticia.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo se encuentra mi mujer?

En ese momento los dos médicos pasaban con una camilla por delante de él en dirección a los ascensores. Pudo comprobar que Beatriz aún respiraba, aunque necesitaba del oxígeno para ello.

—Nos la llevamos urgentemente al hospital de La Magdalena. Si usted lo desea puede ir hasta allí en coche... ¿Tiene coche, señor Ávila?

—¿Cómo? —Víctor seguía en estado de trance.

—¿Qué si tiene usted coche o forma de ir hasta el hospital? Nosotros no podemos perder más tiempo aquí si queremos que su esposa consiga sobrevivir. Su estado es crítico.

—Laura, te esperamos abajo. No te demores. Tapónale primero esa pequeña herida de la frente al señor Ávila.

Las palabras de uno de los médicos sobresaltaron a Víctor, aunque sus palabras no iban dirigidas a él.

Laura era una chica joven, con poco tiempo como enfermera, pero en sus palabras se notaba la dulzura y el cariño hacia aquellas personas necesitadas de sus servicios. Tal vez en esta ocasión el más necesitado

era aquel marido que se encontraba completamente afligido y confundido; totalmente normal en una situación como aquella. A Laura le daba lástima ver la tristeza reflejada en el rostro de los demás, pero la confusión y el nerviosismo en aquellas horas de duda, seguramente, eran mucho peor. No supo cómo calmar al señor Ávila, por eso quizás lo único que se le ocurrió fue acariciarle la mejilla mientras ambos esperaban el regreso del ascensor.

Apenas había tardado un par de minutos en ponerle un par de grapas de sutura en la frente.

Una vez en el rellano de la escalera le preguntó si se encontraba bien para conducir. Víctor le aseguró que sí con la cabeza.

—No se preocupe por mí, estoy todo lo bien que se puede estar en un momento así. Por cierto, ¿me puede decir qué le ha ocurrido a mi mujer?

—No lo sabemos con exactitud. Los médicos se lo confirmarán a lo largo de la noche, pero lo que sí es seguro es que ha sufrido un fuerte golpe en el cráneo y ha perdido mucha sangre por los oídos y la nariz, lo que nos lleva a pensar que interiormente puede sufrir daños...

Laura se quedó en silencio al tiempo que el ascensor se detenía ante ellos.

—¿Irreversibles iba a comentar? —Preguntó Víctor con un temblor de voz en su garganta, pero Laura trató de ser lo más profesional posible, por lo que inquirió:

—Los médicos tienen la última palabra.

Al llegar a la calle Laura subió en la ambulancia de urgencias, mientras Víctor fue en busca de su automóvil a toda prisa. Sabía a la perfección dónde quedaba ubicado el hospital de La Magdalena, aunque nunca había tenido que acudir hasta allí con tanta necesidad y urgencia.

Como era de suponer el trayecto se le antojó interminable y para cuando consiguió llegar la ambulancia con el cuerpo de su esposa ya hacía varios minutos que había ganado la puerta principal.

Suspiró de tranquilidad cuando en el mostrador de recepción una enfermera con sonrisa triste le confirmó que su esposa se hallaba ya en quirófano.

Se dirigió hasta la sala de espera de los quirófanos, le sorprendió la cantidad de gente que se encontró allí al abrir la puerta. En la primera silla se sentaba una mujer de unos cincuenta años, tenía los ojos rojizos de un posible llanto que había inundado sus pupilas minutos antes. Lo

miró sin reparar en exceso en él. Dos sillas más a la derecha un matrimonio susurraba por lo bajo, aunque era la esposa la que acariciaba los cabellos del marido, como si fuese ella la más fuerte de los dos. Un chico joven, de unos veinte años, se paseaba a través de la sala con un casco de moto en cada antebrazo. Parecía muy nervioso y no levantaba la mirada de las baldosas que conformaban el suelo. Junto a la puerta un hombre joven, de unos treinta años, se hallaba rodeado de familiares. Casi todos ellos sonreían, seguramente esperando el momento en que algún cirujano saliese de los quirófanos y le confirmase que tanto la madre como el recién nacido estaban perfectamente. Víctor pensó que los quirófanos estaban demasiado llenos, por lo que no era buena noche para recibir un golpe como el que había tenido su mujer. A los médicos era mejor no atosigarlos, aunque, evidentemente, eso no se podía elegir ni controlar. El destino era el encargado de tener sus propios caprichos, y en aquella noche fatídica el capricho del destino parecía excesivamente cruel. Víctor comenzaba a dudar si sería capaz de perdonar alguna vez al maldito destino.

No sabía si tomar asiento o no, aunque finalmente prefirió salir al pasillo y esperar noticias asomado a la ventana.

Todavía era de noche y la oscuridad continuaba dominando las aceras, las calles, la distancia, incluso el olvido. Víctor comenzó a rezar casi sin quererlo, para sus adentros, esperando ser escuchado por Dios...por su Dios, por aquel Dios que todos buscamos cuando nos vemos en apuros, el que siempre está ahí para los que lo necesitan. En aquellos momentos, Víctor creyó necesitarlo de veras y por eso se puso a rezar inconscientemente, tal vez.

Una vez se quedó sin rezos, sin plegarias, sin frases de perdón y ruego se quedó mirando al vacío de las calles, a la soledad de las mismas, a la oscuridad que desprendía aquel cielo donde se ocultaba la luna entre densas nubes. Echó de menos el ir y venir de los transeúntes, pero era lógico que todo el mundo se encontrase en sus domicilios, durmiendo, esperando la llegada de un nuevo amanecer. Para el resto del mundo aquella era una noche más; pero para él no. Para él aquella noche era bien diferente y quedaba mucho por recorrer. De repente le vino a la cabeza que debería de llamar a alguien. Quizás a su familia, quizás a la familia de su esposa, tal vez a las mejores amigas de Beatriz. Seguramente los demás también tuviesen derecho a compartir con él aquellos momentos de no saber qué hacer, ni qué pensar. Seguramente, incluso a él, le viniese bien un poco de compañía aquella noche. En un momento lo tuvo todo decidido. A su familia no la llamaría. Estaban todos demasiado lejos como para tener que realizar un viaje que tal vez no les conduciría a ninguna parte. Al día siguiente todos tendrían que trabajar y a ninguno les correspondería perder días en su trabajo por un asunto que

podría extenderse en el tiempo. A su familia no. Mejor esperar.

A la familia de Beatriz estaba obligado. Sus relaciones con ellos no eran ni buenas ni malas, simplemente inexistentes. A los padres de Beatriz hacía más de cuatro meses que no los veía y a una hermana, Isabel, casi dos. Con la única persona que sí tenía un contacto más estrecho era con Ana, la hermana pequeña de su mujer. Con ella sí que solían verse semanalmente. El problema de aquella separación familiar no era asunto de él, sino de Beatriz, que con todo el mundo era fría, austera y distante. A pesar de todo, Víctor comprendía ahora que era una buena mujer.

Víctor miró su reloj. Eran ya más de las tres de la mañana. Demasiado tarde, pero tenía que llamar a alguien, así que al mismo tiempo que observaba cómo el segundero avanzaba, marcó el número privado de Ana.

Ana trabajaba como guía turística, había estudiado toda su juventud para ello y ahora lo había conseguido. Tenía suerte de hallarse en una ciudad de las llamadas turísticas, por lo que pronto encontró trabajo gracias al departamento de turismo ubicado en el barrio del centro histórico. Gracias a su empleo se relacionaba con mucha gente, todas de diferentes clases, culturas y expectativas. Unas eran abiertas, otras tímidas, las más recatadas y algunas que otras cargantes en su comportamiento. Aun así, a Ana le encantaba su trabajo y decía aprender de cada pase que realizaba como guía.

Ana bajaba a casa de su hermana Beatriz por costumbre cada viernes por la noche a cenar. A Víctor le gustaba que lo hiciera, primero porque sabía que su esposa se sentía bien teniendo a su hermana pequeña cerca de ella y, segundo, porque a él le atraía la forma de ser y de pensar de Ana. Aquellos viernes por la noche se tornaban diferentes, entretenidos, los sacaban de la rutina habitual en la cual habían caído hacía tiempo Beatriz y él.

El último viernes, Ana les había comentado que había conocido a un joven con el cual se estaba pensando seriamente comenzar una relación. Beatriz le aconsejó que se lo pensara, que el matrimonio con los años se desgastaba lo suficiente como para no ser feliz, que la vida era demasiado larga y extensa como para conocer siempre a personas más interesantes que las que ya se conocían en el pasado. Víctor le guiñó un ojo a su cuñada en un descuido de Beatriz, como pretendiendo restarle importancia a los consejos de su mujer. Víctor se alegraba de que Ana tuviese pareja y tuviese la oportunidad de vivir el amor. Conocía a Ana y sabía que el día que eligiese compañero lo haría con conocimiento de causa; aunque jamás imaginó que Ana siempre había suspirado por él.

El pitido de llamada sonó hasta cinco veces. Finalmente saltó el contestador automático de Ana. Víctor suspiró profundamente tras aspirar

el escaso aire que se respiraba desde el exterior de la ventana. En aquel mismo instante las puertas del quirófano se abrieron por primera vez aquella noche. Los allí presentes se levantaron con premura y se abalanzaron sobre el médico que salió al exterior. Víctor corrió para cruzar la sala de espera y colocarse alrededor de la nube humana que se formaba ante el galeno. Trató de driblar cuantos brazos y caderas salían a su paso, pero sus intentos por avanzar resultaron inútiles e infructuosos. Cuando el cirujano comenzó a hablar la mayoría de los allí presentes se relajaron.

—Familiares de Rodrigo Alcázar —les informó.

Víctor se escapó a toda velocidad de aquella marabunta y en esos momentos su teléfono móvil sonó en el interior de su pantalón. Lo miró con premura y en la pantalla aparecía el nombre de su cuñada Ana.

—Hola Ana —le dijo adelantándose a su pregunta—, imagino que habrás visto mi llamada.

—Sí, Víctor. ¿Ocurre alguna cosa?

El silencio que se produjo a continuación alertó aún más si cabe a Ana.

—Víctor... ¿sigues ahí? —La pregunta ahora se produjo en una especie de susurro.

Aquella noche Ana compartía cama con su nueva pareja. Con Alberto, así se llamaba su nuevo amor, su nuevo compañero, el hombre al cual se había referido en casa de su hermana el último viernes por la noche. La primera vez que sonó el móvil Ana estaba haciendo el amor con Alberto, por eso dejaron que el teléfono sonara. Tras ponerse un corto camisón casi transparente que dejaba muy poco a la imaginación, se había acercado hasta la cómoda para ver quién la podía haber llamado a aquellas horas tan tardías. Al ver el número y el nombre de su cuñado no tardó en devolverle la llamada.

—Sí, Ana, aquí continúo. Oye...he de decirte algo...la verdad que no sé cómo empezar.

—¿Has discutido con mi hermana? —La pregunta fue directa. Víctor incluso se sorprendió por la frialdad con la que Ana la había efectuado. Era como si diese a entender que estaba muy al corriente de los problemas que últimamente existían en la pareja.

—No, no es eso.

Víctor tragó saliva con dificultad y Ana se percató incluso detrás de la

línea telefónica.

—¿Qué ha ocurrido, Víctor? —La mano de Alberto se posó en el hombro desnudo de Ana. Le gustó aquel detalle de su compañero. Apenas lo conocía, pero aquellos detalles lo hacían maravilloso. Muchísimo mejor que cualquiera de los otros pretendientes que siempre la merodeaban.

—Será mejor que vengas al hospital de La Magdalena. Tu hermana ha sufrido un accidente casero y estoy esperando la salida del cirujano. Creo que el tema puede ser bastante grave y... —la voz se le quebró en aquel mismo instante a Víctor, aunque sacó fuerzas de flaqueza para concluir su frase—. ...Y me siento muy solo, Ana. Me gustaría que estuvieses aquí a mi lado.

Ana sabía que Víctor no le iba a dar más información por teléfono, por lo que le comentó que haría cuanto pudiese por llegar en seguida. Cuando cerró su teléfono móvil se giró hacia Alberto y, mirándole fijamente a los ojos, le comentó:

—He de ir al hospital de La Magdalena...Mi hermana se muere...

La frase le salió del alma, sin pensarla.